

TRIBU



Jorge Arturo

Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución

Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0

Unported License.

Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



TRIBU

jorge arturo

TRIBU

editores  alambique

863.44 Venegas Castaing, Jorge Arturo—1961
V455e Tribu, Jorge Arturo
1° ed. —San José, C.R.: Editores Alambique, 2008.
88 p.; 13 x 21 cm. Colección Cigarra N° 21.

ISBN 978-9968-839-18-1

1. Literatura costarricense—Poesía. I. Título.

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: *el verdadero artista todo lo saca de su corazón.*

El arte no establece ni afince, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada, hecha por el autor.

Corrección de estilo y filológica, edición técnica y literaria, realizados por el Consejo Editorial de **Editores Alambique**.

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

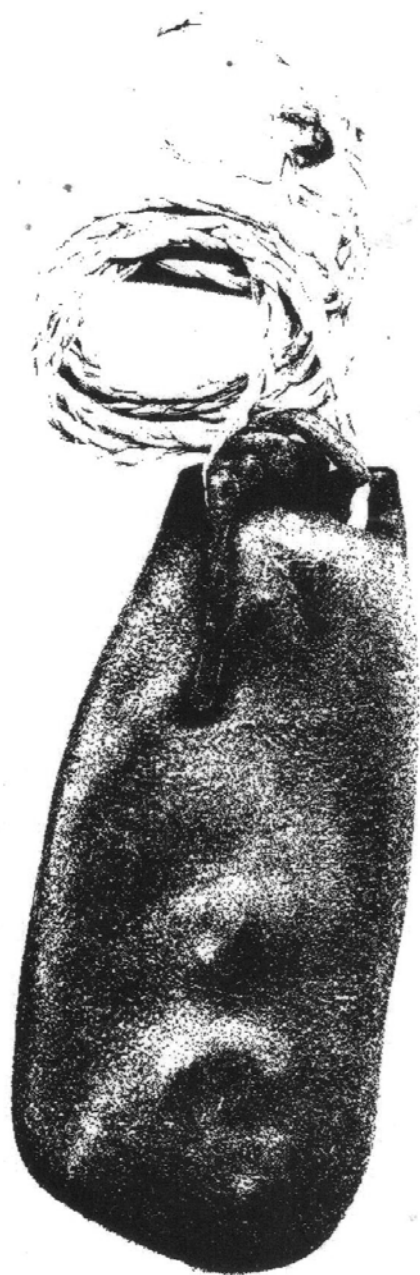
ISBN 978-9968-839-18-1

© EDITORES ALAMBIQUE

© Jorge Arturo

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique.



*Al reino de la vanidad
el saludo del sol*

*A la corrupción de la sangre
el abrazo de quien ama
y el polvo en que se transforma todo afán*

*A la tibieza
y su desperdicio de vida y de muerte
la dignidad del desprecio
de la tribu a la que pertenezco*

*la de las manos abiertas hacia el silencio
la de la sombra luminosa
en su caída
la que levanta su tienda en el corazón
donde solo los muertos y la sangre
se llevan*

LIBRO
PRIMERO
BIOGRAFÍAS

IGNORANCIAS

Esta es buena hora
para preguntarse
¿si es lo mismo estar solo
con nadie
o mal acompañado?
Como si se pudiera realmente
estar con alguien.

Yo no sé.
Igual, por si acaso, me he vuelto
otra vez cotidiano

para decir que extraño tu risa
como cajas de cartón
en una calle a oscuras

y tu andar lento
como si cruzaras
el Jordán de lado a lado
con viejas cuerdas
que salen del corazón

y que me preguntaras
qué significa afincar o vivir
como si no lo supieras
y en tu camino
no hubiera una zarza
o un autobús ardiendo
—allá cada pueblo y sus costumbres—

y en el brillo
de tus ojos
no hubiera una génesis rotunda
como si el bombillo
del cuarto
no fuera un sol
y nosotros astros
rodando
de las manos a la boca.

HUELLAS

Si no fuera
 por el vino
moriríamos de vergüenza.

Si no fuera
 por una promesa
moriríamos de pasado.

Si no fuera
 por lo vivido
moriríamos de futuro.

Si no fuera
 por la cama
moriríamos de ganas.

Así que vení
 y quedate
esta noche
 y todas las noches
 en que cruja la insistencia
 de lo creado

Hagamos
como los saduceos:
 dejemos la puerta
 entornada por si acaso

y aceptemos
en gozo,
 mucho gozo,
que antes
y después
de la muerte
no hay nada
 –quizás amor como promesa cumplida,
 quién lo sabe–.

Porque si no fuera
 por la muerte
moriríamos
 de vida.

HOGARES

Piedra. Arena. Cemento.
Y la vena que se arruga,
y las ganas que se escurren.

Pasará el tiempo piedra,
pasará, en que el mundo
no será una conmoción,
cuando tus pechos.

Pasará la época arena, pasará,
en que tus manos detendrán
la extinción de mi especie.

Pasarán las jornadas dónde ampararse
de mí, de la muchedumbre insaciable.

Que todo pasa: la hierba,
tu pelo, mi cabeza.
Hasta el pasar pasa, y su cemento.

Y yo que caigo
sobre mí, mundial,
como una sombra
en polvo,
 acepto
 que doblérgarse
es la enseñanza
de la querencia humana,
y asusta no la ausencia
 sino
que vaya
a haber presencia.

2

Ni de la muerte,
ni de la vida.
Ni de mis defectos,
ni de mis medidas.
Ni de los usurpadores,
las palabras,
usureros
y demás disfraces.
Ni de lo aprendido,
ni de lo que nunca
sabré.
Ni de mis traiciones.
Ni de mis brazos.
Ni de mis lealtades.

Es de mí,

en la
inminencia
tus ojos,

que temo.

SENCILLOS

1

Tengo una receta nueva
para hacer
pan.

Puse las lámparas,
dos,
para leer.

Compré
una cafetera eléctrica.

Y he ahorrado
días
amables,

manos limpias,
ganas de reír.

Como ves
ya podés venir.

2

Suerte

 la tuya
que te irás
detrás de tus ojos.
Los dos.
Yo me quedo
aquí
conmigo.

Suerte

 la mía
¿qué hacer con tus ojos
y con el agitar
de tu respiración
antes de entrar en mi casa?
¿Qué decir?
Los tres:
 yo
 y
 vos?

Suerte

la nuestra
que te vas.
Que no busque
seguirte
y no te haya dicho
que quiero que vengás
a hacer
 tu pecho
 adentro mío.

3

Ya no hay tiempo.

Ni café.

Ni árboles

(no quedó vestigio
de la primitiva mitología del
ochenta y ocho
en que llegabas
y los árboles
se ponían rápidamente las hojas

aunque sí de la del dos mil uno
cuando te añoro
y de los árboles
siguen cayendo hojas amarillas).

No quedó viento, ni frío.

Ni soles anaranjados

cayendo lentamente

sobre la taza humeante

de la tarde.

Ni lugar tengo

a donde ir.

Ni para cruzar las grandes

o las pequeñas aguas.

No hay con quien hacer consulta.

Ni extravíos.

No tengo

más que quedarme aquí,

y que ni cuenta te des.

4

Hace tiempo
que ya no importa
el tiempo que hace.

(Ni lo que hago:
se puede ser intrascendente).

Ni que pase.
Tiempo ha
que sé
que todo paso
dado
no me acerca.

En tus manos
estoy
y de nada
valdrá el apenas

último

recurso
de mis labios.

5

Hoy he escrito –es un decir,
en realidad
yo no escribo
sino que lo que se dice
se ha escrito en mí
y en el papel–

versos sencillos: radiadores,
cachivaches, artefactos del ocio.
Hablar no hablan de la trascendencia
del transcurrir, ni del albedrío,
y carecen de la bandera mundial
de quienes declaran por los que no
tienen voz si acaso un perro

ni techumbre:

el mamarracho de la tropa,
la fina cortesía del sencillo,
u otros ni siquiera asuntos
que han dejado su huella en el terruño
y sus poetas, por cuyos versos comen
al menos hueso, no se enferman
y *el mundo sigue andando*.

En mi alegato se habla acerca de cosas,
situaciones, por las que

–definitivo es–

me he vuelto narrativo.
¡Qué barbaridad! ¡Qué horror!
¡Qué temeridad! La de la poesía
–Si es que existe porque
ya nadie sabe qué es y qué no:
ningún motivo mejor que otro,
pero siempre se encuentra

uno peor

que el anterior, aunque en verdad
nada importe ni perdure.
Tal vez el infinito momento
de sentir-vivir-decir
el reino de la brevedad.

Trátense pues –o no–
con la indulgencia
y ferocidad que da el saber
que quien escribe –o sea yo
(y esto también es un decir)–
no es poeta, ni sabe nada,
y ya está muerto.
Que el que escribe
es un aislado, un natural,
cuya única ley es piedra molida.

Porque *quien quita un quite*
y en el último momento
me pase lo de Li Yu,
el emperador final de los Tang,
y quiera pensar
en mi país destruido
a la clara luz de la luna,
y sea destronado
–dioses, pueblo
y trovadores quieran–
de mi quehacer
por saber que si te hubiera
conocido digamos ayer
tal vez habríamos
terminado por descubrirnos
hasta el amanecer
o lo que fuera pero juntos:
la vida,
tus pechos,
y no hubiera sido necesario
escribir estas versos como quien
en medio del desierto
abre temprano
su taller de radiadores.

PARA CONTAR

Al día y a su pan siempre
recién horneado.
Al dormir de mis hijos,
mi despertar,
las ganas,
la resaca,
al vino,
a lo que comienza
y a lo cansado de aguantar.
Y le conté a lo que vuelve
y a lo que se aleja,
a lo que cierra los ojos
y a la dentellada,
a mi acurrucar
y a mi espalda.
A lo incomprendible
y a la rueda.
Le conté al sol,
a la nube y al ancestro,
el monito
y su árbol de hambre:
el erguirse y sus dientes
pequeños.
Y a mi respirar,
lo senté suave y le dije.
Después al agua,
la tierra,
la llamarada,
el aire.
Vecinos de mi pecho
comentaron acerca
de temblores de colores
por la noche.
Les contamos:
yo y mi agitación,
y sonreímos,
porque ahora sólo falta
lo que queda del mundo:

la flecha dorada
de la justicia del mundo
que siempre apunta
al centro de las cosas,
la boca
por donde sale y entra
el universo y su manzana,
la piel en que comienza
el respirar.
Hoy le conté al recelo.
Al día,
la enfermedad,
la derrota,
los viajes hechos,
los que habrá que hacer,
la siembra y la siega,
al diente y al gusano,
al puño y a la mano abierta.

Hoy conté.

De vos.

Aquí

en la tierra
del querer
como en el cielo

de tu boca.

FUNDAMENTOS

1

Como torcer las palabras, los brazos
el aliento, la espina solar,

hacer burbujas de arena
en las esquinas del espanto,

buscar en cada boca
el encuentro
de la semilla, la médula y el agua.

Como piedra en el lago,
un payaso ebrio,
una hoja de sangre,
la abeja del pecho.

Porque yo no sabía tu rostro
—quién lo sabe—
y el mundo se había venido
derrumbando
de su amasura, su olvido,
su tambor de carne.

Porque yo no quise ni quiero
dejar de ver dónde queda tu huella,
la huella de mi vida
en tu descalzo,

dejar de aprender con vos
a no dejarme
vencer por mi vencido
para hoy me levante
desde la oración
de la carne.

2

Una mujer se levanta con su nombre,
el pez de su garganta, sus dos vientres
el crujir de la agonía.

Una mujer se levanta
y hasta cuándo
se pone su cadáver
bien planchado,
los dientes luminosos, muy cernidos.

Y sale a caminar y de camino
hallará su propia anciana
lavando su caballo,
su alma
de nombrar
su propio nombre,
frente al portal
del tedio
–y hasta cuándo,
atrás
de donde muelen
las lentas horas del abismo.

Y sale a caminar y es su camino,
las manos las costillas,
la boca hecha miga,
la basura del futuro que fue ayer
arreciando
por los caños y la verdad
de quien se atisba desnuda
en media arteria.

Una mujer se levanta,
y no se sabe,
algún día encontrará
la conjetura de su vientre
como un fuego
jugando
entre puñales.

Y sale a caminar y en su camino
ayuda a empujar
la derrota de lo creado,
su victoria, la nuca de su dignidad,
la hora
en que el día es un ayuno
su gusano, y ya no hay cuándo.

Una mujer se levanta,
se tira de cabeza
—dice ella—
en su bravura
tiende sus rodillas
por la promesa de mejor
no doblarse
—y no se falle—

Como el día
del pecho
de la vida
que es canción
en una mujer que se levanta
como un sol de madera
—y su hasta cuándo.

Una mujer.

3

Ángel líquido. Sol de madera.
Boda de hoguera.

Un caracol cuida
la entrada al templo antiguo
de las verdades que acaban.
Es su salvaguarda.
Un caracol es un templo.
Un caracol es verdad.
Un caracol es.
Un caracol.

Ángel líquido,
que tus manos cuiden mi costado
y me guíen y sostengan
en momentos de confusión
cuando entro en el reino de la sal.

Un caracol es un filo.
Un caracol es un puente.
Un caracol es una biblioteca.
Un caracol es.

Sol de madera para alumbrar el cadalso
del día. Sol líquido, ángel de astillas.
Tu fe es una gota. Una semilla.

Un caracol es un latido.
Una huella que camina.
Una copa antigua, sagrada de furia.
Y la alianza y el amor.
Es.

Un caracol.
De tus ojos.

Y del ángel líquido
entre tus piernas.

DE LA FLOR
(A LA MANERA DE BORGES, PLOTINO Y ELISEO)

Ella
dobra por la esquina
con un girasol en la mano
mano
que no sabe que trae la eternidad
de lo que breve acontece:

está en el ahora imposible
-por eso la busco,

de lo pasado, es mi promesa
-por eso la encuentro,

y del mañana, es mi recuerdo
-por eso la reconozco

entre todos los presentes
del vestigio
de lo vivo y aun
de la memoria.

Viene hasta mí
-camina entre los muertos-
con una
flor en la mano.

Por eso mi pecho
ya no es mi pecho sino
un mordisco
de la única certeza
que es el cambio incesante,
y su pecho
ya no es su pecho
sino un cuenco
donde damos de comer
migajas de universo y de zozobra.

Esta noche
 en una flor
 cabe
la en el amor
 imparable
génesis del mundo:

Ella.

Yo.

Un girasol.

Y el tiempo.

¡Todo el tiempo!

CANTARES

Todavía queda tiempo.

No

te vayás. Dejá tu pelo
sobre la almohada
y tus pechos como cántaros
a la par de mis manos.

No

te vayás aún. Dejate
un rato con mi respiración.
Quedate a conversar
en un rincón del alma,

a la hora

en que el mundo es un cartón
en medio de los pueblos,

una brevedad

que aguanta lo que venga
para que podamos

hacer un juntos,

una gota de abrazo

una gota de no

y una de sí.

No

te vayás aún. Siempre
habrá tiempo para el parpadeo
inagotable

del nosotros.

Que la vida es breve,

amor.

DANZARES

Permeame de vos.
De dudas. De tu lengua.
De tu cabellera de huesos.
De tu Dios iracundo
y húmedo.

Andá,
 ángel líquido,
permeame de vos.
Aserrá mis piernas
arrancame los dientes
 las palabras
que de ser yo no me canso
pero sí
de no ser los otros.

Permeame. Sé feroz.
Llevame a mis límites,
haceme hoguera.
Permeame de vos.
Con la verdad hasta el fondo.
Sin piedad.
Misericordia.
Comenzá de tu adentro.
Danzá para mí
con mi cabeza en tu mano.
Chorreante.
Que ese
ese es el amor
que quiero
 y doy.

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias por tu respiración:
el porvenir como el ayer
se defienden
con palabras de espiga.

Por tus pezones: miel
entre el grito de la piedra
y el destierro,

por tu pelo: la única
bandera que iza mi corazón,

por tu vientre: el hogar verdadero
que he querido fundar –vos
has sido
la que hierve de niños.

Gracias por tu despertar,
como entre cabritos,
por cantarme
como si fueras noche
y yo desierto.

Por tus ojos: la orilla de río,
rama de sal
para el pájaro de la verdad,

Si muero,
dejá
una mano abierta
como si el mar supiera
su Moisés de arena,
un garabato,
para que pueda guarecerme
mientras la cobardía asecha,
sus picotazos de sangre.

CARRUSELES

1

Un hombre va por la calle
con su cabeza teñida de incendios,
nafragios, impotencias,
que trata de disimular
con un engrudo amargo
como si con ello el tiempo
existiera en sí mismo y no
en la nutrición de la apariencia.

Una mujer hunde una daga roja
en sus labios temblorosos
porque ya olvidaron cómo era
despertar el deseo y urde
ropas anchas como queriendo
encubrir que el tiempo ha llenado
su carne de historia,

humanidad,

estrías:

belleza, belleza, belleza.

2

Un hombre y una mujer

no se saben.

Se ha quebrantado el único

mandamiento universal

que importa.

Es el fin del mundo.

Que siempre principia

cuando dos no se comienzan.

Pero una mujer y un hombre

y la constancia

de que cada día

podemos inventarnos

en medio

del afán del engaño.

3

Cómo

no escribir acerca de tu ausencia,
tu presencia: realidades
de tu constante estar en mí
–el diálogo del silencio.

Sé

que no se usa –como si me importara–
escribir al final –o en otra parte–
del poema que te amo.
Qué más valdría usar palabras
como refrigerador o inodoro
–como dicen los poetas:
los únicos que en verdad
no saben de poesía,
como quien dice de amor,
de bichos para enfriar,
de ir al baño–,
pues baja el nivel por ser muy común
lugar y entonces que dirán los críticos,
los colegas, el pueblo, si yo
irrespeto las leyes del cantor.
Mejor dedicarse a cazar escorpiones,
o a descansar como las terciopelos
o los chanchos –viajeros de una galaxia
de lodo– y nunca
escribir que te amo como te amo,
amor. Amor, amor.

ALA ESTE (SALÓN 4)

1

Te recuerdo

y

tengo:

ganas,
fuerzas,
ternuras,
aire,
consuelo,
esperanza,
paz,
sinceridad,
estrellas,
conversación,
paciencias,
confianza,
risa,
amor,
futuro.

No

tengo

nada.

2

¡Ah el futuro!,

guijarro

y pájaro
del presente,

lanzado

en entreysalga

de la vida

sobre

el lago

del amor.

TESTAMENTO

Agradecido quedo con mis hijos:
con ellos aprendí a crecer
bello entre las estaciones
de la alabanza y el hastío,
persona entre la multitud
del gruñido de adentro y de afuera.
A ellos celebro
y dejo mis palabras.

Agradecido estoy
con mi amigo y mis amigos:
con el primero silencio
hecho dorsal compartido,
con los otros primeros por haberme
mostrado que cada uno es sendero.
Afortunado he sido, con ellos,
irrepetibles emisarios,
he aprendido la huella del himno
de adentro y de afuera.
A ellos reverencio
y dejo mi callar.

Agradecido soy con mi mujer
—como si hubiera existido—,
porque ella es mi fe hecha carne,
el testimonio y la heredad
de mi canto y asombro,
la bendición de que el amor
es posible a pesar de uno mismo
y su calambre,
con ella fui
un hombre entero y su perverso,
un hombre de bien con su joroba,
un hombre hermoso en sus piernillas.
A ella dejo mi bocar
y la ausencia
de nombrar.

Agradecido. Afortunado.
Que lo que trunca
no corta
 si podemos
vernos
 a los ojos,
 al corazón,
y sonreír.

¡Qué puede temer un hombre
que ha sido amado
y que amó!

Agradecido quedo,
 por si no saben.
Afortunado he sido,
 por si preguntan.

REVELACIONES

No porque no haya otro día para mí.
Ni pueda más salir a caminar,
ni tomar lo que me gusta:
dormir tarde, agua, vino, café
cerveza, aguaceros, tus labios.
Ni que no haya más libros, ni poder
conversar con mis amigos
sobre la vereda de la lealtad, ni besar
a mis hijos: echarles a volar la canción
por donde la noche sale todas las noches,
cobijarlos de pájaros y estrellas, guardarles
su porción de sueños para la escuela
de la mañana siguiente.

Solo tierra respirar.

No porque nadie o muchos o al menos uno
me recuerde o me olvide,
como si no fuera lo mismo y tuviera
alguna importancia real.

Es que me acabo de dar cuenta
—he muerto demasiado en este instante—
que llegará un momento,
con su estrella apagada,
con sus magos de barro,
en que no pueda decirte más que te amo.
Y por primera vez me he enterado,
de un golpe solo *brutal, me ha derribado*,
lo que significa morir:

la boca ya sin boca
—la manos ya sin cuerpo—
sin poder tocar
decir
lo que alguna vez
fue tu nombre.

LIBRO
SEGUNDO
PRODIGIOS
(EL SEÑOR
DE LAS PIEDRAS)

EL SEÑOR DE LAS PIEDRAS

1

Soy un rey.
Estoy hecho de vidrio.
Soy el señor de las piedras.
Gimo. No soy.
Habito en mi recuerdo:
la imagen que de mí
los otros tienen.
No puedo moverme
bruscamente.
Que nadie grite
ni pulse cuerda alguna.
Soy un resquicio.
Mi propia destrucción.
Palpo. Huelo.
Pero me sale vaho.
Cuando los míos mueren,
me olvidan.
Entonces yo sucumbo.

Soy una llaga, el vapor
de la hendidura va
alojándose suavemente en mí.
Soy un rey. Soy el mundo.
Arrodíllense todos
si la cabeza quieren conservar.
Pero no cuchicheen,
soy agua que hacia el fuego va,
un reflejo de la sangre que ardió.
Ceniza del cuerpo.
Soy un rey.
Un amasijo de jadeo y arena.
Un baluceo ante la multitud.
Mi tribu es una orilla.
Mi reino la espiral
del miedo:
una grieta infinita.

2

Es el áncora
en busca del navío
tentando su naufragio,
el temblor de la hoja
tras el desprenderse,
el tallo de signos
por el empozarse
y el brotar,
la garganta por el hervor,
las manos, las horas;

y el humo
que tras el sucumbir
persigue el afán;

y es el deseo,
como mirar al otro
sabiendo que adentro acecha;

es la arrogancia,
y el revoltijo
en busca del ladrillo,
el olvido de los ojos,
el ruido por la ceguera;

y la fragua tras el hombre,
la fuerza de lo breve,
los pasos por el miedo;

es el ruido,
y el cuerpo,
el darse cuenta;

y es el silencio:
el aferrarse.

Es el ruido,
es el ruido.

3

Honda fuga, corazón al viento,
clavija de fuego,
 lo que escucho,
 lo que callo,
 lo que no conozco.

Resquebrajadura,
actos, olvidos, cosas
que ni sabemos que ocurrieron
–aunque pasaran– porque hoy
somos otros y acaso
algo tenemos que ver
con los que fuimos.

Canto de la nervadura, lado
del camino, hechura. Al final,
como al comienzo,
 los pies hinchados,
de medio lado,
distinguiendo quizás
manchas de luz,
sonidos que alguna vez
fueron serán palabras,
 mordeduras
de lo que viene y va.
La gota que en la lluvia
se sabe mar, pero igual
sucumbe ante la tentación
de la piedra: aguacero
 demasiado duro
hacia dentro de sí mismo.

También una piedra
es algo
que sucede en el pasado.

5

Cruzar.
Por uno, y llegar
al otro lado.
Sin que sea
necesario que exista.
Ojalá entero,
al menos vivo.
Como quien vuelve
a ningún sitio luego
de la larga jornada,
entre la lluvia.
Como quien recuerda
el olor de los rincones
de la infancia
donde se guardaron
los miedos,
los asombros,
las bolitas de colores.

Ojalá entero. Llegar.
Como quien sale
de la tormenta
de sus manos.

Ojalá entero.
Insisto.
Al otro lado.
Llegar.
De uno mismo.
Al menos vivo.
Con la mayor
cantidad
de dientes posible.
Como quien acaba
de regresar
del patio de su existencia
con naranjas
para los hijos
de todo lo viviente.

Pelaras,
con las manos.
Volver a reír.
Poner los gajos
del corazón
para la merienda
del odio.

En medio del mar,
y del desierto,
y de la piedra
y del recuerdo de tu vientre.
Y de las historias
de cal al caer
la tarde
cuando el mundo
es alguien húmedo
que regresa
a casa luego de voltear
el deseo, de sol a sol.

Con amor,
pues,
con amor.
En confusión
o claridad:
una pluma en el aire,
un carbón encendido,
un temblor en el vientre.

Parpadeo somos
-Persisto.

Cruzar.

AFANES

1

Sin necesidad.

Sin que sea suficiente.

Sin obligación:

mi corazón

mira el eco de tus pasos.

Vemos sin mirar

porque ni manos tenemos

donde

meter tanto afán,

tanta cosa entregada.

Sin necesidad. Sin un por qué.

Sin obligación. Como si las calles
no condujeran más a sitio alguno.

Replegádonos.

Hechos un ovillo,

las manos entre las rodillas,

apretando los dientes,

los verbos,

entibiando.

Porque afuera también

el mundo es un estrago.

Sin necesidad.

Ni por nada.

Sin obligación.

Yo y mi corazón:

tan sólo un músculo,

aprendiendo

a no ver más hacia atrás

ni de costado.

Y que adentro

algo

sostenga la respiración.

3

Por la noche leo:
puedo cerrar los ojos
y ver lo mismo.
Me abro el hígado y leo.
Tiro sobre el pecho del influjo
las armazones del pulmón
y leo.

Interpreto los pocillos
que van dejando yo y mi palpar
en las tazas de la vida,
y leo.

Desentraño las líneas
de mis vísceras.
Extiendo y entiendo
las cartas de mi sangre.
Yo y mi bestia de espanto,
frente a frente mientras leo.
–Los cuchillos entre las mangas–.
Al amanecer sólo uno
de los dos despertará.
Sin testigos ni hueso
que se atreva a repartir
indicio alguno,
el más leve
rasgar del desprecio.
Yo el que menos dice nada.
Por la noche leo.
A la mañana siguiente
estoy ciego.

Algo en mí respira.

4

¡Ah, el escombros del día!
Hoy me levanté hecho un sofoco,
tal la costumbre que da enterrarse
el pecho en la ceguera, el lamer
los rescoldos del aferramiento.
Cuando más pesa el grillete
es cuando ya no está.
Bien sabemos que la esclavitud
no es sólo encadenar.
Imaginar jode.

¡Ah, el día entre su escombros!
Una paloma vino y se paró
entre el cableado de mi pecho.
Yo que tanto he buscado
liberarme de mí apenas
quedarme quieto pude,
respirar y esperar que se fuera.
Pero el bicho no se marcha
y ya no puedo
distinguirlo de cualquier otro afán.

¡Ah, el escombros! ¡Ah, el día!
Quién puede levantarse
–una promesa en busca de ojos–
entre los hervores del vivir.

¡Escombros!

“Si muero, dejad el balcón abierto...”
 Federico García Lorca.

No tuve balcones
 pero sí una ventana
 –que alquilé allá por mil
 novecientos ochenta y nueve–
 y por amigo un paraguas
 –llamado adrián–
 y canté el blues del aprendiz
 que era –y aspiro ser–
 antes de sacar el pecho
 convertido en perrumbre y alma
 –sí tal cosa existe.

De cada jornada
 hice un palito
 para una hoguera verde
que te quiero verde,
 mientras los correos del diablo
 llevaban bufones de cinco
 hierbas para que yo levantara
 un puente que sí se sostuvo
 de un solo lado
 –al menos cuando
 no fue necesario–
 para regresar o alejarse
 de la casa del tejedor
 de mi infancia,
 y en medio llameaba
 por entre el país de los ausentes
 el dorsal de mi sangre,
 que acechaba y acecha
 a la horda del yo
 y del semejante.

Mi vida,
 capitán de ultramar
 de mis manos, apenas viajes
 y mi pecho un nadir:

el libro de los lugares
dónde ver que al final,
como al principio,
habitamos la casa del polvo,
mientras el pájaro del sol
se echa su canto y entiendo
que apenas me ha dado
para ser el señor de mi tribu,
el reino de la sal, versos,

muecas:

mis manos
-¿las tuyas?-
y las de mis hijos
polverías

un veintidós
de octubre
del dos mil seis.

6

Mi hijo le hace
punta al lápiz,
y luego hace magia:
mueve frente al pecho
–las manos a la espalda–
el mundo y una jota
de espadas negras.
Alrededor la guitarra
de un hombre de jengibre
dice:

*No ceses
de brillar,
loco diamante.*

Yo escribo,
como siempre,
sin saber qué,
de dónde,
para quién,
y sin que importe.
O sea: veo, o sea:
escucho
–como toda mi vida,
donde hubiera querido
casi no usar los adjetivos–.
Que cada cosa
esté donde esté,
entre este girar,
entre esta multitud de ciegos
untados de jaspes
de sol multicolor
y sus comarcas minerales.

Ayer mi padre
era todo para mí
y no había
cosa que no supiera.
Hoy es un puñado
de polvo, algún recuerdo:

pedazos de hilos
de espejo colgando de la nada.
Hoy mi padre sabe
todo lo que hay que saber:
lujos que los muertos
pueden darse con sus hijos.

Mi hijo arroja hebras de colores
sobre la mesa del tiempo.
Él no es mi hijo, sino mi padre.
Y mi pecho ya no es el mío
sino una barca para irnos todos juntos
a conquistar
 el humano mundo
y el planeta tierra

donde seguimos
jugando a que no sabemos
lo que sabemos.

REGALOS

1

Mi hija me ha dicho
que está lista para que yo
parta el gran viaje sin regreso.
Mi corazón se llena de gozo,
de confianza: los dos
aprendimos y enseñamos.

Dice que siempre seré
su padre y lo triste
es que no me verá más.
Le recuerdo que así es
la vida,

 moribunda,
como la lluvia que cae
y luego nada
y que de todas formas
vivo en su latir.
Que lo triste es que no
nos daremos los ochocientos
mil besos que nos quedan
–si acaso dos– y reímos
porque siempre hacemos trampa
para no pasar del primero.

Ella dice que quiere participar
de esto de morirse.
No queda duda,
mi corazón está en paz,
puedo partir en regocijo:
hemos descubierto
que *la muerte está en el amor*
y *el amor antes y después de la vida.*

2

A veces no sabemos si al dar
se quita lo que se tiene
o se multiplica,
si deberíamos esperar algo o nada.

A veces creemos entender
que el amor es un niño ciego.

A veces quisiéramos dormir
hasta que no haga falta,
o despertar, como si se pudiera.

No hay unión sin quebradura
ni encuentro sin pérdida.
Añoramos lo que no tuvimos
aún creyendo que lo teníamos.

Nos despedimos de quien no pudo
entrar porque no era en nuestro respirar.
La trampa perfecta es llenarnos
de imposibles presentes del ausente
que creemos al lado.

Lo que nos hace falta es nuestra trampa.
Nos engañamos con labios de colores,
regazos con hueco, harinas de rabia,
la espalda
dónde
escondernos
de nosotros mismos.

A veces.

3

Si pregunto por mí y no me respondo

será que a cada interrogación
corresponde su pausa que es
en el aire que tomo y sale
antes de la primera palabra
donde se quedó la respuesta.

Si escucho tu voz y no sé quién sos

será que la atención debe ir
al verbo, que en lo profundo
del principio es el silencio
donde el engendramiento
radica.

Si me espero y no quiero llegar

será que si existe una expectativa
donde el engaño hizo su casa
con corazón, palabras, actos
que son eran arena, pez dentro
de un pez para que nadie llegue,
ni parta, ni regrese, ni espere.

Si me pierdo y quisiera no
volver a verme

Será que una huella es la unión
que nos preserva de la ilusión primera
de creer que la separación existe,
distancia y verdad como trapos y sobros
entre la alucinación de que el otro
es otro y yo el aquí.
Que nos estamos esperando,
buscando,
perdiendo y hallando.

EQUUS

Prenderé fuego
a mi nombre

 como a un caballo
si con eso el acontecer
apuntilla su pan,
su mientras tanto,
sus calles mojadas,
su fracaso,

y lo soltaré
por los caseríos
del pecho,
a la hora inequívoca
en que el ruido
taladra la sangre,
en que ningún dios
apostará una estricta moneda
por tu respirar.

Prenderé fuego
a mis manos si con ello
dejás de descansar
en la comodidad de la culpa
de tu oficio de tibio
y enterrador
en la más aún conspirativa
de ocultarte en la excusa.

Prenderé fuego
a mi boca
como a tus hijos
–y a los hijos
de quienes aún se levantan
tiznados de fragilidad
y a pesar de sí mismos
continúan a tientas
por su cuenca vacía,
por su pasión,
su olor su hoguera–

si con esto ponés
de costado tu quehacer
de huida
tu pordiosero de brillo y aire,
la cobardía
del pleno uso
de la conveniencia.

Prenderé. Prenderé. Prenderé.

Y un caballo en llamas
galopará por entre las veredas
de tu cuerpo,
como si saltara
al acantilado de la ceguera,
al pedernal de la especie
y cayera en tus manos:
un soplo apenas
de ceniza en el arco.

Te veré de noche.
Nada
podrá contra
mi pecho abierto.
Nada
te apartará de mí.

MIENTRAS SE ESCUCHA EL DELICADO SONIDO DEL TRUENO

Se acabará la lengua, el adjetivo.
Y el deseo no vendrá más
con la carnicería de los días.
Seremos náufragos de infinitos.

Se acabará la tripa del miedo,
 el imperio del hueso.
Hasta buscar y encontrar y estar cansado.
Seremos hermosos.
Será la separación de las voces.

LIMEN

Con solo traspasar el umbral
de una palabra,
de la carroña,
de una casa,

de los deseos del otro,
los de uno.
Con solo traspasar una aguja
o un desierto como un ojo.

Con solo traspasar la línea
de tiza
que marcamos
contra todos
los espantos
—de adentro, afuera.

Con solo traspasar la hierba
entre la fiereza,
el eslabón
en medio del océano.

Con solo traspasar los recelos,
un bosque
de sal,
redondo
el hueso del odio,
el terror,
de despertar
la furia de una semilla,
el misterio de un arco,
el umbral de la duración.

Entre la huella de lo existente.
Perseverando.

PATER

1

Tengo
un padre
 atrapado
 en su callar
porque descubrió
que el mar verdadero
 es el recuerdo del mar.

Por eso
 en su pecho
cabén viejas
historias
como el llanto,
la sublevación
y la pujanza.

En ese padre
 tengo a otro
que es mi hijo
 o apenas
un poco más
 que quien encuentra
su camino a casa,
 el verbo
de manos congeladas
por recoger odios
maduros como moras
 en las cimas del hambre,
del hombre,
para hacer pastelitos
 crujidos
y llevarlos a vender
entre los muertos frescos
de la mañana siguiente.

el arca
 que construyó Noé,
la verdadera cara
de Alejandro el Grande,
el invencible aceite
que usó Diógenes Laercio.

Mi padre me explica:

 yo callo
 porque entiendo
 (mi hijos me guían)
que la verdad
es apenas
una nave
de ceniza
 entre la excusa
del aire,
 tallo del quizá,
 de agua
 y sal
 y cuencas,
al fondo del abismo.

Yo soy mi propia cueva.

Mi padre
 no sabe que sabe
y acaso importe

 mientras
una cuchillada
 roja
 como una verdad
nos marca:
 Ni a favor,
 ni en contra,
ni indiferente.

III

Tengo un padre

atrapado

en mi callar.

El padre
verdadero
es el nombre
del padre.

ACUARIO

Peces de agua en la ruta de erguirse,
en bajarse del horror y salir corriendo
en busca de refugio y sal.

Peces de agua tirados a través de la jornada
entre el primer parpadeo y el ahora mismo.

Peces de agua en el manantial del sol,
entre el oleaje de la arena
del tiempo, las palabras.

Peces de agua incrustados en barro,
puertas de paja, conchas, troncos
que hierven, alaridos de pájaros y flores,
el escombros donde el mar tantea
su interminable y siempre mismo cementerio.

Peces en hojas secas,
tortugas que recién nacen, burbujas
de letras entre la multitud
que vomita y marcha,
hundimientos, muescas de balanza
entre la constante mutación, arpones
líquidos, dardos de luz, eslabones de pájaro:
peces de agua, los poemas de su miga
que va dejando en su tanteo, donde se agrupa
la nada que fuimos, la que somos, seremos,
junto a la que nos faltó y sobró:

Poema del mundo: pez.
Huella que canta: agua.
Ala en fuga: gota.
Guijarro de fuego: escama.
Ángel desollado: verbo.
Árbol de ganas: latigazo
de hoguera entre la noche
de la fuerza original.

Pecho de agua, abierto de peces: flamas,
piedritas como planetas en el océano
del silencio oscuro que rodea la imagen.

Peces de agua: lo que se escucha
con las manos abiertas, la oración
que da la fuerza de saberse
débil, insuficiente, vértebras
de agua

gruñidos

para quien

quién

quién

decide ser.

POEMA GRIEGO

“Mata a tu padre y a tu madre, como a ti mismo”,
oigo que se dice.

Que un bosque de entrañas cantará en la entrada.

Que un caballo de llamas será consagrado
sobre piedras de carne laboriosa.

Que el pájaro del mundo devorará sus cantos
y sucumbirá enterrado en tu pecho.

Que si no verdugos de vidrio te sacarán

los ojos y desmembrarán tu boca,

y con sus artificios de sal convocarán

las vísceras de los elegidos y la única devoción

será una puñalada de ceniza

entre montículos de cráneos y mentiras.

Susurra el viento, susurra.

En su piedra y en su fuego susurra de la llaga.

Lo que agoniza susurra: cada uno es un rey
atado a su guijarro.

“Que mueran

desde la entraña y antes que ella”,

oigo mientras cae el amparo de la tierra

para sellar sobre el gemido, hilvanándole

labios a muertos de azúcar. Pero quién

habla sino la vorágine de la máscara.

Y la piedra humeante del holocausto de nombrar,

del ojo en su momento. El echar a andar

sobre dos miembros. La emanación de la estaca

donde poner a secar el infinito.

Es el pedernal del padre que regresa en el hijo

para entregar su heredad: donde ninguna mentira

aguanta, salvo ella misma, y ni una verdad
es necesaria, salvo su ausencia.

Porque el otro es nuestra fosa: el nosotros mismos
de afuera, el que nunca hay nada verdadero que decir,
aunque aparezcan semillas de la boca, en palpito,
en crujir o en derrame, semillas desde el Padre,
el Engullidor, y contra el Padre, semillas de pasos
de la Madre, semillas de crujidos del bufón.
¿Qué decir? Para que la muerte.
Desde la célula del tiempo y la burbuja del cuerpo.

El resto son mis vísceras, como vidas, entre la horda
del yo y los semejantes. Y el albedrío: los hocicos
rojos de la duración enhebrando la baba ya seca
de la excusa, como si el destino existiera.
Muera el padre y la madre,
¡Asesinante!, muera el hijo, ¡Inmolador!
No se oiga que es el aire lo que cae
desde el acantilado,
que una gota de palpar
basta para el que muere
ahogado de sí mismo,

y ¿será posible?

la multiplicación del pan para el recién decapitado.

EL SEÑOR DE LA TRIBU DE BAAL

Frente a lo que alcanza la vista.

De pie.

El sudor ya frío.

La espada aún tibia.

Con un solo ojo.

Y el resto del mundo

temblando por sólo oír su nombre.

Sobre la colina,

del verbo de su Dios,

empujado por su furor,

hachones,

hacia la planicie

infinita

de los cráneos

de su sangre

y de los enemigos.

El guerrero y su sombra

un grano más

entre la arena de la persistencia.

EL SEÑOR DE LA TRIBU PENDRAGÓN

Para Antonio Arce Arenales,
El Coleccionista

¡Aja Dragón! ¡Lágrima en llamas! ¡Aja Dragón!
¡Plumón de arena!, Gran Cabro del mundo:
¡A levantarse y andar!

Aunque la tumba haya que cargar.
Aunque sobre el cadáver propio
se tenga que danzar. Aún sin un amigo,
ni la punta palpitante de una palabra con verdad.

¡A renunciar Dragón!
A levantar cuevas de humareda.
A arrear lo que quema
más allá del cielo y de la idea.

¡Aja Dragón! Que es propicio cruzar
los farallones del miedo, aunque el corazón
sea un caldero seco, en rajadura,
y no quede nadie que despida ni reciba.
Porque ya ni el aire es de aire y el ojo
es una puñalada de abismo.

Vamos Dragón, tiempo
de romper lo atesorado,
que nada quede, aún la endecha,
ni el temblor
de la excusa ni el surco del deseo.

¡Aja Dragón! Piedra. Balbuceo.
¡Lágrima en llamas!
¡Vamos juntos!

AQUEL CUYO NOMBRE SIGNIFICA EL QUE HACE LA PAZ

Un pájaro sangrando entre violines,
cancioncillas del fin de la vida
de cada día,
ascuas, tatuajes,
en el cuarto blanco del deseo mientras
la muchedumbre rechina: “A tomar
lo que haya y a correr”.

Y ninguno
se llama Federico.

Eslabones y diamantes, diamantes
de hierro. Toros que hierven
en medio del vecino que vomita.
Lenguas de luz entre marejadas de odio.

Es ahí donde te espero, buscándote.
Es aquí donde mis huellas sigo,
sin importar que no existan
y que haya huido de mí
desde hace mucho: hombre
entre cernido y ácido mientras
pasa el carnaval de los muñones.

Aún sin nadie más yo seguiré cantando:
un pájaro en fognazo se para
en una ramilla de mi crecer
y dice sin que haga falta su piedra
de hambre, su cascajo de hombre,
su boronita de universo.
Aunque hasta el fin de las cosas
se estremezca y detenga.

Y tampoco
se llame Federico.

CON AQUEL CUYO NOMBRE SIGNIFICA AGRADECER

1

Me duele el pecho.
Pero no es angina
ni cáncer –eso espero.
Son cuarenta y seis años de lluvia.
De Arturos o canciones.
Ganas de ver
manadas de mis salvajes
entre la luz que va dejando
lo que pasa, lo que nunca
volverá a ocurrir,
las tan infinitas
posibilidades del suceso,
y esa única de estar
en compañía de alguien
o de uno mismo
y que ya no importe.

Galopes salvajes
de sal
entre el pecho
sin nombre
de la lluvia
que duele.

3

Cumple años
mi amigo.
O se acaba de morir.
Yo no sé.
Como un caos
recién horneado.
De las flores las semillas.
Del pan las boronas.
Y el hambre.
De los rincones
escondese.
Y jugar, jugar.
Cumple años mi amigo.
O acaba de nacer.
Yo no sé.
Del frío el abrazo.
Pero también la alegría
y la rodilla.
O por nada:
pero siempre el abrazo.
¡Sí! Cumple años
la alianza.
Y el trigo, y el vino,
y el caerse, y el levantarse.
Y mi padre cumple años.
Y mis hijos.
Y hasta el odio del prójimo.
Como el trueno.
Yo bailo y bebo, solo.
Miento: el hipo me acompaña.
Y la sombra de la risa
y la falta de mi amigo.
Que cumple años.
Y con él
el mundo,
que se le coordina el amor.
—Que conmigo somos seis.

4

Quiero salirme de mí.
Sentir que descanso.
Quiero engañarme.
Como cuando estoy muerto.
Como cuando impalas
de una boca antigua
invaden un cuerpo
como un desierto.
Uno de mujer.
Y no hay más excusa
que la falta y el hambre
y el nudo
que ni se parte
ni deshace,
y el sol,
que si acaso
llega a tiempo
para que alguien tenga
una tregua o fe
en que otro día comienza.
Uno hermoso
como un ojo
de agua
 como una escritura
 al pie
 de un pozo seco.

Yo
 tengo un amigo.

5

A partir de hoy me retiro:

a mi tripa, a mi tratar,

a mi hormiga,

que visita la rajadura del deseo,

grieta de la vista en su afán

de confusión. A partir de hoy

me retiro. Viviré de las rentas.

O de las vísceras.

Que si me espero,

soy mis propios hijos.

Que si me ignoro,

soy mi propio ancestro.

Que si me mato,

soy mis tres amigos

—sin el punzonazo de la luz

allá en el cielo—.

Que si me recuerdo,

soy mi propia bestia:

bicho

con el corazón a cuestras,

sin otro quehacer

que la lluvia

de ir siendo

y agradecer

a la tribu,

y a los días,

y a lo que por una

brevedad

creemos tener,

y a lo que nos faltó

y nos sobró, y

a lo que ni siquiera

imaginamos,

y a lo que sí.

Que todo pasa

al fin

y hasta el pasar pasa

y se agradece.

MIGRACIÓN

“¡Lleve quesiyio,
 buñuelo!”,
oigo y no entiendo
–tal vez sean maravillas del mundo–
solo veo estrujos hirvientes.
Como mi corazón.

Paso de largo, ganas no tengo.

Segundos después unos pechos
–en un suspiro de tela– urgentes,
repletos, irremediables, imperios
para la capitulación de mi mirada
–Tiemblo.
¿Es acaso el fin
de la creación,
su principio?

De largo paso. De todas formas
no me miran. Disimulo., Acepto
que mi pupilas sucumbieron.

Y van ya lejos,
 lejos.

Entre aquellos pechos.

Y detrás de mis ojos
va el sentido del universo.
Como quien no quiere
la cosa y yo
 –como siempre le sucede
 a cualquiera en estos casos–
el último
 de la fila.

¡Ah!, las maravillas del mundo.

ORIGEN

Un hombre vigila
el galope de su lengua,
sus tres dedos,
 el pedernal
de su memoria.
Nacimiento.
Atisba pájaros de herrumbre,
 gargantas
de hollín,
 recortados
contra la bóveda de la desunión.
–Pasa la civilización con un tarro.

Una mujer atiende
su cráneo: una horca
 de lo bruto
del tiempo,
 un rebozo
de gusanos.
Contra los ojos se hunde:
es el principio del poder.
El mundo aparta la mirada:
es el principio del fin.
Alianza.

Una mano que ya es dos
 encuentra
el odio como una promesa.

ORACIÓN

1

Dios de los que sangran, de los calcinados,
de los en carne vida de la muerte Dios
de los que chillan de dolor, de los rotos,
de los que tienen mordiscos por venas,
crujidos en las cuencas, una llaga
en lugar de boca.

Dios de los desollados. Dios de los que no tienen
dónde ir, a quienes nada propicio es.
Dios de los hervidos, los tullidos, los desfallecidos,
Dios de los podridos.

Dios,
que se hace pan de la arteria,
nombre en las bocas
de los masticados fuego
para los que no tienen
ni recuerdos ni donde regresar
Dios que se hace casa
de la boca cocida,

Dios del por qué, del cómo y para qué
querés que eleve plegaria con mis huesos
por sobre las cabezas de los mutilados
y su río de gruñidos si yo no sé, no sé
orar, a veces sólo ver,

Dios de los ausentes
tu amor es una hendidura en llamas en mi costado.
Para qué escoger al más improbable
como tu mensajero –aquel que desconoce tu mensaje.
Por qué a mí, Dios de los harapos, apenas un hombre
sin fe que ni siquiera sabe bien no creer en tu Dios,
o en ninguno. –Quizá por eso...

Y que sólo entiendo que aún del hombre
en el corazón del hombre puede brotar
el sentido primitivo la verdad de la vida.

2

Hágase esta espada azul de fuego
líquido un cuenco, una semilla.
Hágase la voluntad
de quien es fiel a sí mismo:
que de encontrarme
cada vez descubro menos
porque menos aún necesito.
Hágase la espiga
donde antes era el tajo.
Hágase miga la llaga del mundo,
canción el llanto y el chirriar de bocas.
Hágase abrazo la agonía
y equidad la zozobra.
Hágase paz en lo oscuro y mano abierta
para el endurecido y el verdugo.

Así sea.

Así sea.

Sea

así.

Mientras
jinetes de sal
entre la tormenta
de los días.

ETERNO RETORNO

Hoy he regresado
donde el escondrijo
crece, se reproduce
y eructa carbones
encendidos

de cal
hacia el centro de la culpa,
del espanto y del cogollo.

Donde todo lo desolado
muerde
como agalla y su mercurio,
donde la costumbre es atizar
la encrucijada
con mechones sangrantes,
llagas, las ganas de vientre
y aire.

Donde la caída murmura y pasa
urdiendo con sus quijadas de rencor,
en medio de la avaricia y de la usura,
eternas en los jirones de sus ciegos
de espinas.

Y no importa cuánto se hizo antes
por encontrarse o perderse
porque una vez en el odio
siempre estamos al alcance
de la sombra propia.

PRODIGIOS

Basta un minuto de mirto para olvidar un siglo de surcos.
Edmond Jabés.

Si un hombre se enferma, se abre una vena
y le salen montañas untadas de bruma
y amaneceres como miradas de recién nacidos,
qué tipo de tratamiento debe enfrentar
para no contagiar ni ser costoso.

Si una mujer se enferma y abre las piernas
por delicia, plata o amor y le salen parques repletos
de risas que juegan entre colores como panes
y mantequillas de chispas, qué tipo
de peligro o infección debe enfrentar
para volver a estar cuerda.

Si un niño se enferma por no cantar ni jugar
se enferma el mundo y con él el hombre que se abre,
la mujer que germina.

Salud, entonces:

por el minuto del hombre
 de la sangre que imagina,
por el surco de la mujer
 de la piel que recuerda,
por el siglo del niño
 del mirto y del verbo,

por él, por los otros, por uno,

porque basta un minuto de amor,
para que siempre
 exista
un siglo y siglo
 de amor.

BIENAVENTURANZAS

Los pies se ponen negros
y el temblor se hace ancho
como levadura antigua,
al entrar al horno de la fragilidad.

Vomitan sangre por igual
los iracundos, los que están por
llegar, los que casi se han marchado.

Las manos se escaman y el horror
de que nos carcoma la piel
nos envuelve
desde la iglesia de la confusión.

Los ojos se agrietan
para los incurables del mundo
cuya única plegaria
son unas monedas como vísceras
que para siempre se quedan
dando vueltas y vueltas
en el aire del prójimo.

Benditos los que tienen fe porque
crujen. –Yo crujo pero no sé lo que
es la fe más allá de una mujer.

Benditos los que creen porque sus pulmones
están llenos de leche y miel.

Yo solo soy un hombre sin excusa
de otro después que el presente.

Un hombre que camina,
mientras ve y escribe,
mientras oye y escribe,
mientras no sabe nada
y escribe.

Índice

Libro Primero: Biografías, 8.

Ignorancias, 10.
Huellas, 11.
Hogares, 12.
Sencillos 1, 14.
“ “ 2, 15.
“ “ 3, 16.
“ “ 4, 17.
“ “ 5, 18.
Para contar, 20.
Fundamentos 1, 22.
“ “ 2, 23.
“ “ 3, 25
De la flor, 26.
Cantares, 28.
Danzares, 29.
Acción de gracias, 30.
Carruseles 1, 31.
“ “ 2, 32.
“ “ 3, 33.
Ala Este (Salón No. 4) 1, 34.
“ “ “ 2, 35.
Testamento, 36.
Revelaciones, 38.

Libro Segundo: Prodigios, 40.

El señor de las piedras 1, 42.
“ “ “ 2, 43.
“ “ “ 3, 44.
“ “ “ 4, 45.
“ “ “ 5, 46.
“ “ “ 6, 47.
Afanés 1, 49.
“ “ 2, 50.
“ “ 3, 51.

“ “ 4, 52.
“ “ 5, 53.
“ “ 6, 55.
Regalos 1, 57.
“ “ 2, 58.
“ “ 3, 59.
Equus, 60.
Mientras se escucha el deli-
cado sonido del trueno , 62.
Limen, 63.
Pater 1, 64.
“ “ 2, 65.
“ “ 3, 67.
Acuario, 68.
Poema griego, 70.
El señor de la tribu de Baal, 72.
El señor de la tribu Pendragón, 73.
Aquel cuyo nombre significa
el que hace la paz, 74.
Con aquel cuyo nombre
significa agradecer 1, 75.
“ “ “ 2, 76.
“ “ “ 3, 77.
“ “ “ 4, 78
“ “ “ 5, 79
Migración, 80.
Origen, 81.
Oración 1, 82.
“ “ 2, 83.
Eterno retorno, 84.
Misericordias, 85.
Prodigios, 86.
Bienaventuranzas, 87.
Índice, 88.
En orden de aparición, 88

En orden de aparición

Edmond Jabés: 92, La Biblia: 9, César Vallejo: 11, *Se alquila esta ventana* y *De un solo lado* –del autor: 15, Li Po: 15 y 82, *El I Ching*: 15, Tango *Sus ojos de cerraron* –de Alfredo Le Pera: 17, Dicho popular: 18, Li Yu –Emperador y poeta de la dinastía Tang: 18, Oración popular *El Padre nuestro*: 20, Plotino: 27, Jorge Luis Borges: 27, Eliseo Diego: 28, Versión de Chavela Vargas de *En un rincón del alma* –de Alberto Cortés: 29, Juan Bautista: 30, Miguel Hernández: 42, Federico García Lorca: 58, 73 y 79: Los títulos de los libros del autor: 58 y 59, El grupo Pink Floyd: 60 y 67, Película *Equus* –de Sydney Lumet: 65, Película colombiana *Cóndores no entierran todos los días* –de Francisco Norden: 66, Siddhartha Gautama: 71, Han Shan: 73, Paul Valéry: 73, Julián Marchena: 74, Jorge Boccanera: 74, Oración religiosa: 75, Hannibal: 76, Matsuo Bashó: 76, Uther Pendragón: 78, Yehuda Amijai: 80 y 81, Gerardo Cerdas V.: 81, La épica de Gilgamesh: 88. En diálogo a través de todo el libro: *El I Ching*, C. Vallejo, Antonio Gamoneda, Olga Orozco, Jabés, Manuel Arce Arenales, Amijai.

TRIBU,
se imprimió en los talleres de Mundo Gráfico
con un tiraje de 300 ejemplares numerados,
en papel editor de 20 gramos
y cartulina C 12,
en marzo del 2008.

Jorge Arturo: (Costa Rica, 1961)

Ha publicado:

-En poesía: Se alquila esta ventana (1988); Un paraguas llamado Adrián (1989); El blues del aprendiz (1992); Perrumbre (1994); V (Cinco) -poemario colectivo inglés-español (2000); De un solo lado (2001) y La casa del tejedor (2001) -en un mismo volumen; El país de los ausentes (2002) y Dorsal -gráfica y poesía, (2002), La horda del yo -tríptico-: con los libros Viajes, Nadir -el libro de los lugares- y La casa del polvo, (2005), y Tribu, (2008).

-En narrativa: La hoguera verde (novela, 1998), Los correos del diablo (cuentos, 1999), Las aventuras de Liu Yuan, Capitán de ultramar (novela, 2004), En el reino de la sal, (novela, 2008). Tiene inédito, El pájaro del sol (libro con canciones, dibujos, poemas, juegos y cuentos infantiles) y Polverías (libro con dibujos y cuentos eróticos).

-Co-fundó, integró y dirigió el colectivo y revista Kasandra (1989 y 1990).

ISBN 978-9968-839-18-1

Editores  Alambique

TODO TIENE SU TIEMPO,
Y TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA;

TIEMPO DE LLORAR, TIEMPO DE REIR,
TIEMPO DE ENDECHA, Y TIEMPO DE BAILAR
TIEMPO DE ABRAZAR, TIEMPO DE ABSTENERSE DE ABRAZAR
TIEMPO DE ROMPER, TIEMPO DE COSER
TIEMPO DE CALLAR, TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE MATAR, TIEMPO DE CURAR

TIEMPO DE ESPARCIR PIEDRAS, TIEMPO DE JUNTAR PIEDRAS
TIEMPO DE GUERRA, TIEMPO DE PAZ

KOHELET III, 1.8